

# HERMANN HESSE



**Hermann Lauscher**

---

Es una de las obras de juventud del autor, en las que trae a colación y pone ante la vista del lector la angustia y la profunda labor creadora de un poeta joven. Lauscher queda vivamente impresionado por el suicidio de uno de sus amigos.

Algo terrible y misterioso influye en la existencia de Lauscher, el cual presiente que ese algo pesa casi físicamente en su vida.

Tan pronto se ve deprimido como alborozado ante el espectáculo de la Naturaleza. Es, en resumen, la historia de un joven, hecha angustia vital, que trata de descubrir el cómo y el porqué en si mismo y en su entorno, algo que no acierta a comprender.

PRÓLOGO<sup>[1]</sup>

*He de desenterrar al difunto Hermann Lauscher y hacer que de nuevo viva entre los hombres, para poder satisfacer el deseo de varios amigos, y complacer sobre todo a Wilhelm Schaefer. Me veo obligado, por tanto, a una aclaración y a una justificación, cuando menos desde el punto de vista bibliográfico.*

*Escritos póstumos y poesías de Hermann Lauscher fue el título de un pequeño libro que hice publicar a fines de 1900 en Basilea, en el cual, bajo seudónimo, saldaba cuentas con aquellos mis sueños de juventud que había llegado a provocar en mí una crisis. Creí poder meter en un ataúd y enterrar junto con aquel Lauscher, que yo había inventado y matado, mis propios sueños que a mí me parecían fuera de lugar. El librito apareció en una edición muy reducida, casi al margen de la opinión pública y no llegó a ser conocido más que por un reducido grupo de amigos. Otros amigos míos que leyeron más tarde mis demás obras, sacaron a relucir este librito y lo consideraron como una especie de curiosidad literaria.*

*Nunca más pensé en reeditarlos, pero últimamente algunos íntimos me lo rogaron encarecidamente; también hube de sopesar la proposición de Wilhelm Schaefer. Ya que no veo motivo para renegar de una época de juventud, y viéndome con ánimo de justificar el estilo empleado, cedí a tales ruegos y proposiciones.*

*Surgía, pues, la cuestión de saber en qué forma debían renacer los pecadillos de mi juventud. Pensé primero en la refundición del librito, pero reconocí bien pronto que los pensamientos y los sentimientos de un muchacho de veinte años, no pueden corregirse diez años después, pues su relativo valor estriba precisamente en la expresión, en el ritmo, en la actitud. Y suprimir algunas cosas o embellecer otras, no me pareció lo más oportuno.*

*El texto es el mismo, incluso en ciertos detalles que hoy me son no sólo extraños, sino incluso completamente opuestos. Pero, a pesar de todo, me parecía muy conveniente una ampliación de aquel librito fragmentario de tan reducido volumen. Pero en mi duda tampoco quería añadir nada nuevo que pudiera perjudicar su conjunto. Entonces recordé que poseía dos pequeños escritos de aquel tiempo: Lulú y Noches de insomnio. El primero había aparecido tan sólo en una revista suiza; el segundo no se había publicado aún. Los dos están en íntima relación con el Lauscher y fueron escritos en la misma época. Por tanto, he añadido ambos.*

*Ahora me aparece todo ante mi vista y me contempla de manera quizá poco halagüeña. Son documentos de una juventud bella y efusiva, aunque no fácil. Lo que quería entonces no lo he conseguido aún. Lo que he alcanzado ha llegado hasta mí, casi sin que yo pusiera demasiado de mi parte, y por ello no representa mucho. Por el contrario, veo aparecer en estos primeros ensayos poéticos voces conocidas que me señalan caminos que vuelven a estimularme con vigor y gravedad. No llego a comprender cómo fue posible que durante tantos años, no sólo los olvidara, sino que llegara a prescindir de ellos. Hay muchas cosas aquí que me hacen dudar del camino que he seguido hasta ahora y que hacen que me juzgue duramente.*

*Pero vale más este juicio que ninguno, quien se ha adentrado por el peligroso camino del conocimiento de sí mismo y de sus confesiones, tiene también que cargar con*

*las consecuencias, aunque algunas veces sean inesperadas y molestas.*

*Y no me importa demasiado que ahora aparezcan algunos y me reprochen mis pecados de antaño como si los hubiera cometido ahora; ni salgan otros opinando que hubiera sido mucho mejor hacer algo nuevo en lugar de desenterrar estos ensayos de juventud. No saben ellos, ni pueden sentirlo, cuán penoso ha sido para mí decidirme a esta nueva edición y no comprenderán nunca que lo hice precisamente por ese motivo y para aligerar mi conciencia. En resumidas cuentas, el Lauscher,<sup>[2]</sup> tanto el actual como el antiguo, es sólo un libro de confesiones para mí y mis amigos.*

HERMANN HESSE  
Diciembre, 1907.

PRÓLOGO<sup>[3]</sup>

*El nombre de Hermann Lauscher aparece por primera vez a la luz pública. Los escritos de Lauscher, publicados bajo otro nombre, son ya bien conocidos de cierto círculo de lectores.*

*Desgraciadamente, me prohibió el difunto poeta descubrir el velo sobre su misterio y atribuirle los escritos aparecidos anteriormente. Fue una noche, en la taberna «La cigüeña»; Lauscher tenía aquella expresión tan característica en él; aparecía triste y amargado. Tal vez, la sombra de la muerte, que pocos días después había de alcanzarle, le llenaba de angustiosos presentimientos. Me rogó solemnemente que le jurara que salvaguardaría fielmente su anonimato. Precisamente mi persona parecía infundirle cierto miedo en ese sentido, ya que yo era el único literato en su círculo de amigos. Juré sonriente guardar silencio eterno. Entonces la conversación se encausó por derroteros literarios, a través de los cuales Lauscher hizo gala de una ironía casi hostil. Luego se hundió en un completo silencio, bebió precipitadamente varios vasos de vino y se alejó de repente con un rápido saludo. No le volví a ver más: diez días después falleció durante un viaje.*

*Los presentes escritos son casi lo único de su legado literario. Además del valor puramente personal que tienen todos ellos para sus amigos, deberían llamar la atención de atentos lectores por su interés como auténticos documen-*

*tos del alma singular y original de un esteta moderno, sobre todo, por aquel amor a la verdad, tan atormentado y rudo de su Diario. Estos escritos no presentan aquel estilo pulcro y pulido, aquella forma precisa, tan propia de las demás obras de Lauscher. No pueden servir, y esta era la intención de su autor, de clave ni siquiera para los expertos investigadores literarios para poder atribuirle la paternidad de sus demás obras aparecidas bajo seudónimo.*

*No me considero autorizado para modificar aspecto alguno de su estilo de redacción, ni tampoco para añadir alguna nota personal sobre el difunto, aunque ello parezca conveniente. No quiero desvirtuar el sabor personal y vivo de las presentes cuartillas.*

*Perdóname, mi querido y difunto amigo, si la publicación de tus últimos pensamientos y sufrimientos no responden a tu último y expreso deseo.*

## **MI INFANCIA**

(Escrito en 1896)

En todas las épocas de mi vida se me ha representado mi infancia muy a menudo en variados cuadros; ora atractiva, extraña y sin redimir, ora como el niño pálido de los cuentos. La mayoría de las veces se me ha ofrecido este recuerdo durante las noches de insomnio, empezando con un perfume de flores o con la melodía de una canción, para terminar convirtiéndose en tristeza, en fatiga o en amargura de muerte. O bien en una dulce nostalgia de manos acariciadoras o de suaves deseos de rezar o de llorar.

Hoy se me aparece todavía mi infancia como si fuera un cuadro de profundos colores, enmarcados en un marco de oro lleno de castaños en flor y de abedules, bañados en un maravilloso e indescriptible sol de mediodía sobre un fondo de bellas montañas. Todas las horas de mi vida durante las cuales disfruté de un corto reposo, alejado del bullicio mundanal, todas aquellas excursiones solitarias a través de hermosos montes, todos aquellos momentos en que una inesperada y corta felicidad o un amor desapasionado me hacían olvidar el pasado y el futuro, no los podría recordar de manera más deliciosa que comparándolos con el cuadro de tonos verdes de mi primera infancia. Lo mismo me sucede con todo lo que durante mi vida he deseado o amado como punto de reposo o de máxima satisfacción: el paso a través de pueblos desconocidos, el contar las estrellas, el estar tendido a la sombra de un árbol sobre la tierra verde, el hablar con los árboles, las nubes y los niños.

El primer día de mi vida del cual puedo acordarme con cierta claridad se remonta a cuando tenía tres años. Mis padres me habían llevado consigo a una montaña. Una exten-

sa ruina de considerable altura que se alzaba sobre la cumbre, atraía diariamente a muchos habitantes de la ciudad. Un joven pariente nuestro me subió al parapeto de la alta muralla y me dejó lanzar una mirada a la profundidad que desde allí se divisaba. Aquello despertó en mí el miedo al vacío; estuve excitado y temblando con todo mi cuerpo hasta que me encontré de nuevo en casa y en mi cama. Desde entonces, se me apareció frecuentemente aquella profundidad, oprimiéndome el corazón con unas angustiosas pesadillas que me asaltaban durante el sueño, y despertaba entonces gimiendo y sollozando. ¡Qué vida tan rica y llena de misterios debí de haber vivido antes de aquel día, vida de la cual no conozco ni una hora! A pesar de todos los esfuerzos de mi memoria, no llego más allá de ese día. Pero si trato de recordar mis sentimientos de aquellos tiempos, entonces tengo la impresión de que, junto al sentimiento de benevolencia que se alberga en mí, ningún otro se despertó tan temprano ni de modo tan intenso como el de la venganza. Hallé más tarde en niños de cinco o más años, vivas manifestaciones de falta de pudor, de las que estoy seguro hubiera sido yo incapaz de sentir cuando tenía tres o cuatro años.

No me es posible recordar hechos concretos ni la continuidad de los acontecimientos más allá de mis primeros cinco años. Aquí encuentro por primera vez un cuadro de lo que me rodeaba, de mis padres y de nuestra casa, así como de la ciudad y del paisaje donde crecí. La calle espaciosa y soleada de una sola hilera de casas, en las afueras de la ciudad donde vivíamos, se me quedó grabada profundamente desde aquellos tiempos; los edificios llamativos de la villa, el Ayuntamiento, la catedral y los puentes sobre el Rin, y, sobre todo, aquel inmenso prado que empezaba detrás de nuestra casa y que para mí no tenía límites. Ninguna de mis emociones, ni el recuerdo de las personas que me rodeaban, ni aun la misma imagen de mis padres se me aparecen con tanta claridad como aquel prado. Estos re-

cuerdos me parecen mucho más antiguos que el del primer rostro humano que viera o de mi propia vida. De aquel sentimiento de vergüenza, que iba acompañado de una sensación de repulsión contra todos los que tocasen con manos extrañas mi cuerpo, ya se tratase del médico, ya de los sirvientes, nació sin duda tan temprano en mí como el deseo de permanecer completamente solo al aire libre. Los paseos en aquellos tiempos, que duraban horas y horas, tenían por única finalidad recorrer los lugares vírgenes y verdes de aquel prado no hollados aún por nadie. Esos tiempos de mi vida solitaria por el prado, son aquellos cuyo recuerdo nos llena del doloroso sentimiento de felicidad que acompaña nuestros pasos por la infancia. Aún hoy percibo el olor a hierba de aquel prado, con el convencimiento de que ninguna otra época ni ningún otro prado podrá nunca producir tan maravillosas gramíneas, tan ricas mariposas, tan espléndidas plantas acuáticas, dientes de león tan dorados, claveles de colores tan deliciosos, ni primaveras, campanillas y escabiosas. Nunca he vuelto a hallar un llantén tan hermoso y esbelto, un pimiento silvestre de color amarillo tan encendido, unos lagartos y mariposas de brillo tan sugestivo. Mi entendimiento actual está cansado y no quiere razonar que no han sido los lagartos ni las flores quienes se han convertido de entonces acá en mal, sino que la transformación ha tenido lugar en mi corazón y mi mirada.

Cuando pienso en esto, me parece que todo lo que de valioso he visto más tarde con mis ojos o poseído en mis manos, así como mi propio arte, valen muy poco en comparación con el esplendor de aquel prado. Aquellas claras mañanas, durante las cuales, tendido sobre la hierba con las manos bajo la cabeza, miraba por encima de aquel mar encrespado de hierba refulgente de sol, en medio del cual surgían rojas islas de amapolas, islas azules de campanillas y de color lila de hierba. Me encantaba ver revolotear las amarillas cleopatras, las mariposas de un azul delicado, las de un color rojo oscuro que llamábamos «Admiral», y la

otra, la más rara de todas, cuyo nombre pronunciábamos con tanto respeto, la mariposa *Apolo*. Esta mariposa, que yo conocía por las descripciones que de ella me habían hecho mis compañeros, voló un día muy cerca de mí, se posó en el suelo y aleteó sin cesar con sus maravillosas alas de alabastro, de modo que pude observar sus finos dibujos y sus contornos, así como las finas líneas diamantinas, y, sobre las alas, aquellos ojos de un color claro de sangre. Muy pocas sensaciones de aquellos días lejanos han quedado tan firmemente grabadas en mi memoria como la satisfacción que sentía al contemplar aquel raro ejemplar, satisfacción que me quitaba la respiración y me hacía latir violentamente el corazón. Pero despertóse en mí el instinto cruel e indomable de los niños. Aceché al noble animalito y le lancé mi gorro. El insecto miró a su alrededor, se elevó con un aletear elegante y desapareció rápidamente hacia la dorada luz del sol. Nunca hubo interés científico en mis cacerías o en mis colecciones. Las orugas y los nombres técnicos de las mariposas, que llamaban en aquella región pájaros de verano, no me importaban gran cosa, para la mayoría de ellas inventé yo mismo el nombre. Había una especie de moscas rojizas que denominé temblorosas; y las mariposas comunes del bosque y otras mariposas menos bellas y menos raras las reunía todas ellas bajo el desdeñoso nombre de rústico. No me preocupaba de aquel botín que cogía en mis cacerías porque no le prestaba una atención especial.

No logré hallar ninguna impresión musical en aquellos prados estivales, a no ser mi extraordinaria sensibilidad y miedo ante los silbidos de los trenes que pasaban lejos de allí.

A pesar de esto, debía de haber sentido ya entonces cierta atracción por la música, ya que el recuerdo más antiguo y difuso que de la catedral se refleja en mi interior en pálidos contornos, va indivisiblemente ligado al sonido del órgano.

La catedral y la ciudad las aprendí a conocer mucho más tarde y mucho más lentamente que la verde naturaleza. Ya que, mientras me podía pasar toda una mañana o toda una tarde solo por donde me gustase del prado, no me permitían mis padres ir solo a la ciudad; además, a mí también me asustaba la extraordinaria confusión de personas y de carruajes.

A pesar de que los meses de mi vida pasados en medio de los verdes prados surgen en mi recuerdo como un sueño hermoso e ininterrumpido, de una claridad constante, aparecen algunos días con un brillo particular y con unos contornos más suaves. Daría cualquier cosa por poder recordar mejor aquellos días. Cuantas veces he intentado recordar aquellos bellos momentos, otras tantas me ha dominado la tristeza de aquellos miles de días olvidados. Ya no vive nadie que me pueda contar cosas de mi vida, y la mayor parte de mis años de infancia aparecen ante mi nostalgia como una maravilla, como una felicidad áurea e incomprendible. Pertenece a las imperfecciones y renunciaciones de la vida humana el hecho de que nuestra infancia se nos vuelva extraña y permanezca en el olvido como un tesoro que se ha escapado de unas manos juguetonas y ha caído en lo hondo de un profundo pozo. Hasta los días de mi infancia puedo seguir el hilo de mi vida; pero más allá sólo algunos días aislados surgen esbozados en la penumbra. Desde estos recuerdos quiero volver hacia atrás, hacia mi infancia, pero no vislumbro más que un agitado mar lleno de enigmas y de comienzos, sin formas, impregnados de un perfume de lejanías y cubiertos de un velo que oculta sus maravillas.

Entre aquellas visiones plateadas y aisladas recuerdo un paseo que me es especialmente valioso, porque contiene la imagen más antigua de mi padre. Estaba sentado conmigo sobre el pretil de la capilla de Santa Margarita caldeada por el sol y me enseñaba por vez primera desde aquella altura la llanura del Rin. La primera impresión de este delica-

do paisaje verde claro se confunde en mi recuerdo con aquellas otras visiones que en el transcurso del tiempo he captado al contemplarlo de nuevo. Pero esta primera imagen de mi padre se diferencia de todas las demás. Su barba negra rozaba mi frente rubia, y sus ojos grandes y claros descansaban en los míos. Cuando pienso en aquel momento de reposo junto a la muralla creo ver de nuevo el perfil de su cara, la barba y el cabello negro, la nariz fuerte y noble, los labios vigorosos y rojos, los negros bucles de la nuca, los grandes ojos vueltos hacia mí, su cabeza descansando sobre el azul de un cielo estival.

A aquel mismo verano debe de pertenecer otra visión, que, sin conexión con la anterior, ha quedado grabada de una manera asombrosamente clara y fiel en mi memoria. Veo la figura alta y delgada de mi padre que, de pie y con la cabeza echada para atrás, camina hacia una puesta de sol. En la mano izquierda lleva el sombrero de fieltro. Mi madre se apoya suavemente en él, mientras caminan lentamente. Ella es más baja y más robusta; sobre los hombros se anuda su pañuelo blanco. Por entre las dos cabezas casi juntas brilla el sol purpúreo. Los contornos dorados de estas figuras se recortan vigorosamente dibujados; a ambos lados aparece un campo de trigo abundante y maduro. No sé cuál fue el día en que caminaba así detrás de mis padres; pero esta visión me ha quedado grabada de un modo indeleble y fresco. No conozco ningún cuadro viviente o pintado que en sus líneas o en sus colores se me aparezca más hermoso y que me sea más querido que estas dos nobles figuras por el sendero entre espigas, caminando hacia el fuego rojo del sol, silenciosos y cubiertos por su brillo dorado. En innumerables sueños y noches de insomnio buscaban mis ojos esta visión, ésta mi más querida joya, legado de una de mis horas más felices. Nunca he vuelto a ver ponerse el sol detrás de una mar de espigas, una puesta de sol tan roja, tan magnífica, tan llena de paz, tan llena de fulgor y de abundancia. Y si verdaderamente volviera a

ver una puesta de sol como aquélla, cualquiera que fuera el atardecer en que esto sucediera, y no viera a aquellos amados seres a cuya sombra caminaba, tendría forzosamente que cerrar los ojos dominado por la tristeza.

El recuerdo de mi padre y de mi madre empieza a ser más claro desde aquel día. Independientemente de mi vida solitaria por los prados, vivía una existencia alegre en nuestro hogar. Mis recuerdos no son tan uniformes y claros como los de mi deambular por los prados, debido a que en mi sentir intervenían otras personas y a que se multiplicaban mis emociones. No me es posible recordar cuándo empezó realmente la influencia de mi padre sobre mí en lo referente al arte en general y en particular al arte lírico, ni cuándo la influencia de mi madre en el terreno musical. Algunas impresiones de esta índole aparecen aisladas en los recuerdos de tiempos posteriores, pero tienen que haber existido con anterioridad.

No me atrevo a hablar mucho de mis juegos infantiles. No hay nada tan maravilloso e incomprensible, nada que nos parezca tan extraño y lejano y que olvidemos tan ineludiblemente como el alma del niño que juega. Debido a nuestra posición desahogada y a la esplendidez de mis padres no me faltaron nunca los juguetes. Poseía soldaditos, libros de láminas, juegos de construcción, caballos, columpios, coches, látigos...; y más tarde también tiendas, balanzas y dinero, sin contar con que, para jugar a teatros, podía disponer de las cosas de mi madre. A pesar de ello, mi fantasía se entretenía con objetos menos cómodos y creaba caballos de taburetes, construía casas de mesas, pájaros de trozos de paños, y de misteriosas cuevas con la pared, el biombo y las sábanas.

Junto a ello había en los cuentos que me contaba mi madre una superabundancia de mundos y ambientes bastante para llenar todos mis sueños. He escuchado y leído a escritores, narradores y comentaristas de fama mundial, y siempre los he encontrado torpes y aburridos cuando los